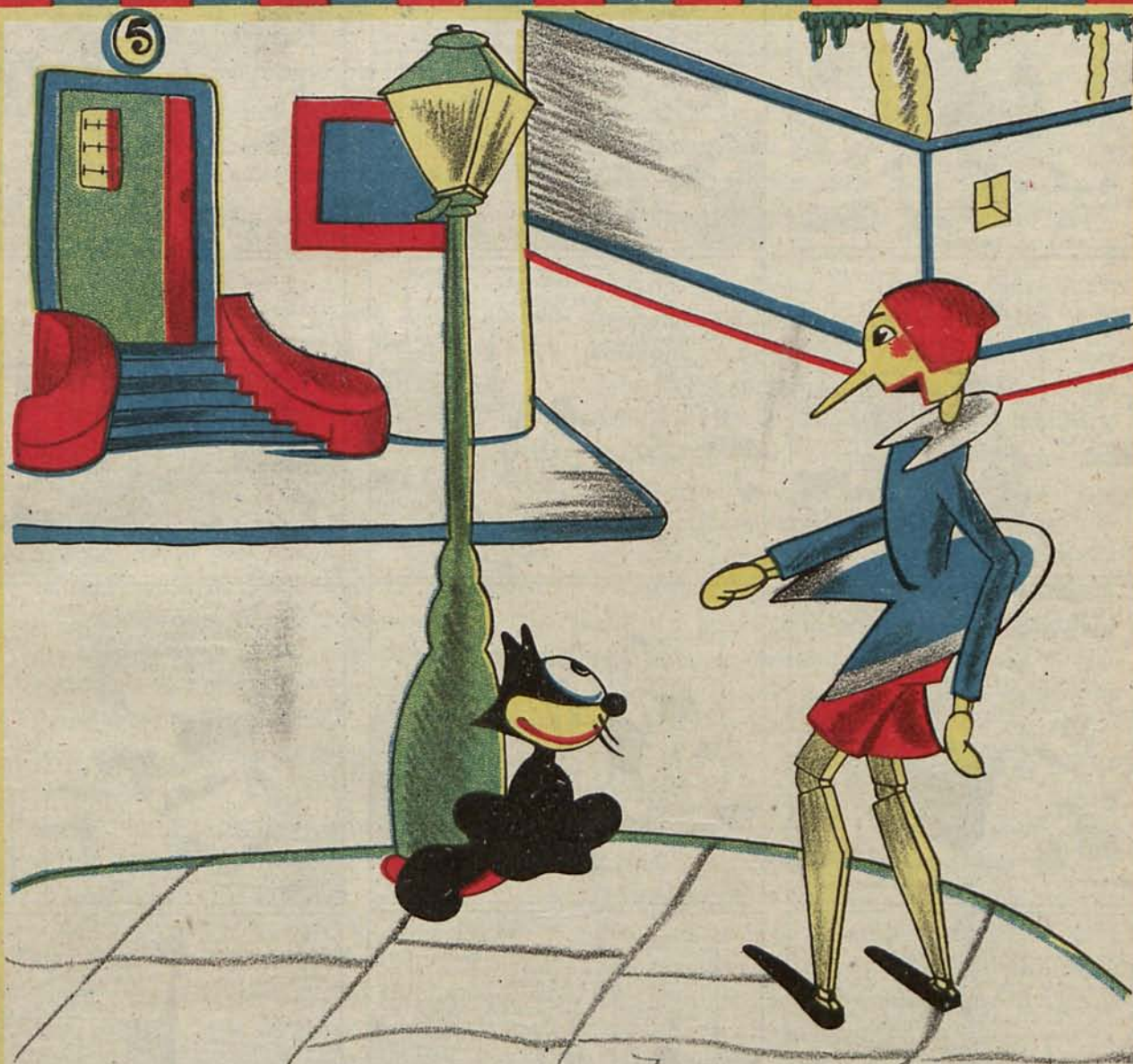


# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 220

25 cts

5 MAYO  
1929



- ¡MIRA QUE DESGRACIA, POR DOS NÚMEROS NO ME HA TOCADO LA LOTERÍA  
- ¿CÓMO ES ESO MORRONGUIS?  
- ¡PUES QUE HA TOCADO A UNO QUE VIVE EN EL NÚMERO CINCO Y YO VIVO EN EL SIETE!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

detrás de mí. Antes de volverme a mirar, me sentí cogido por los hombros, mientras me tapaban la boca con un trozo de tela muy burdo. Por un minuto creí liármelas, y permanecí en espera del golpe de los asesinos. Pero no llegó. En lugar de eso, uno de los dos atracadores encendió una pequeña lámpara eléctrica de bolsillo y pudimos así vernos las caras. Dos jetas patibularias, te aseguro, para asustar a un león.

«—¡Afuera los papeles!—me intimó el que parecía de más edad de los dos, metiéndome violentamente las manos en los bolsillos.

Empezó por la cartera de la que extrajo, y examinó atentamente primero todos los papeles que luego tiró con rabia al suelo uno por uno, y después los 250 francos que aquella contenía y que se guardó con visible satisfacción. Naturalmente, también el reloj pasó de mis bolsillos a los suyos; pero procedió conmigo con suprema cortesía al dejarme los pocos cuartos que llevaba en el bolsillo del chaleco. Me registró finalmente por todas partes con el mismo resultado negativo. Entonces los dos bribones miráronse cara a cara.

»Este granuja nos hace perder los cinco papeles de a cien.

»—¡Hijo de ladrón!»

»A tal injuria, que acaso no tenía propósito deliberado de ofensa directa, pero en la que por el momento, no sentí sino un brutal insulto a mi padre, toda la sangre se me subió a la cabeza. Alcé la mano que me habían dejado libre, y con todas mis fuerzas descargué un terrible bofetón en la mejilla del facineroso. Éste, con rápido movimiento, sacó entonces una larga

navaja de muelles y, se abalanzó sobre mí con bastante furia para partirme el corazón si me hubiera alcanzado en pleno pecho. Pero el otro, el de la lámpara eléctrica, que me tenía asido del brazo derecho, me echó hacia atrás inmediatamente gritando a su compañero:

»No hagas tonterías José. No quiero eso.

»La hoja descendió como un rayo y me cortó la manga izquierda del traje, produciéndome una herida en el brazo, bastante larga pero, por fortuna, a flor de piel tan solo. El asesino, rabioso, no mostraba intenciones de obedecer a su amigo, porque otra vez levantó el cuchillo. Por suerte, en aquel momento se volvió a abrir la puerta y apareció en el vano la figura de un hombre en quien reconocí súbitamente a mi vecino del piso superior. Apagaron la lámpara, pero no tan aprisa que el recién llegado no pudiera percatarse de que algo extraordinario acababa de pasar en el portal. Aterrado, se lanzó a la calle chillando estentóreamente para pedir socorro. Los dos bandidos precipitáronse entonces a la puerta antes de que se cerrara de nuevo, y desaparecieron. Yo tomé entonces escaleras arriba y llegué a mi piso donde me desnudé el brazo para observar la herida que me abrasaba y me pareció a primera vista sumamente grave. Pero en esto aparecieron los agentes de policía con un médico que me vendó y declaró la herida susceptible de curarse en menos de diez días. Me interrogaron, y yo me limité a dar las señas personales de los agresores sin abrir la boca, como es natural, acerca de los motivos que conocemos de la agresión. He obrado bien?

—Divinamente. Querido amigo, has corrido un peligro muy serio, y es un milagro que hayas escapado de él casi incólume.

—Te juro que a media noche creí que no podría hoy asistir a la cita convenida.

—La forma de este ataque viene, con todo, a echar por tierra tus suposiciones respecto a la



falta de habilidad en tales lances de nuestros adversarios.

—No estoy de acuerdo. Para mí, en cambio, las avalora y las confirma. Los desconocidos que desde ayer me persiguen, reconociéndose insuficientemente expertos para asechanzas de ese género, deben de haber confiado el encargo de sustraerme el papel que tan al alma les llega, a los dos apaches prometiéndoles una cantidad después de dado el golpe. Para demostrarlo, nota que cuando se persuadieron de que yo no llevaba encima la carta, se lamentaron de tener que perder «los cinco papiros de a cien».

—Sí será como tú supones, y eso me preocupa mucho más por tí. Convendrá que proveas a tu defensa, para el caso bastante probable de que intenten repetir el atentado.

—Ya he atendido a eso.

Abrió un cajón de su escritorio y me enseñó dos magníficos revólveres.

—Los he comprado esta mañana. Telefoneé inmediatamente al armero para que me trajese algunos, y he elegido los mejores.

—Y ¿puedes salir? ¿Te lo permite la herida?

—Sí, no me causa molestia ninguna. ¡Figúrate si querré faltar a la reunión de hoy!

—Mas vale así. Ven, pues, conmigo. Doy un vistazo a mi oficina, y luego nos vamos juntos a comer para estar puntuales a las dos en el Café de la Paz.

Cuando penetramos en la sala interior izquierda del famoso café, se encontraban ya allí Ralph y James, inmóviles y silenciosos ante dos monumentales bocks de cerveza.

Los dos flemáticos ingleses se volvieron hacia nosotros y nos saludaron con dos «Buenas tardes, amigos», pronunciados en tono idéntico y con igual cadencia.

—Fritz estará con nosotros dentro de unos minutos; ¡no, que ya está ahí!—añadió Ralph señalando al colega que entraba en aquel instante en unión del abogado Galiani.

Otros saludos ruidosos y otros enérgicos apretones de manos. Cuando yo hice que traje-

ran un pequeño tonel de cerveza, estalló un grito de entusiasmo. Los amigos estaban alegres, y pensaban de seguro que yo les iba a hacer alguna buena proposición de trabajo y ganancia.

—De los preparativos se deduce—apuntó James—que la sesión ha de ser larga.

—Y animada por calurosas discusiones—prosiguió Franco dirigiéndome, no obstante, una mirada de inteligencia para hacerme comprender que no había olvidado nuestra conversación de la mañana.—Mirad cómo previene la necesidad de remojarnos los gaznates resecos.

—No; antes bien, os prevengo que hoy no admito bromas.

—¡Hola, hola!—dijo entonces Fritz, seguro de haber adivinado.—Es cosa seria: se trata de un duelo.

—Nada de eso;—rebatía Ralph sonriente—se trata de sentar las bases para la fundación de un nuevo periódico político internacional.

—Ni lo uno ni lo otro—declaré yo al fin cuando todos se hubieron sentado.—Escuchad. Nuestro amigo Enrique D'Alimand—aquí todos los ojos se volvieron hacia él—lleva un nombre bastante difundido en Normandía, donde se encuentra un D'Alimand a cada paso; pero tengo la persuasión de que Enrique os interesará bastante más, y de que prestaréis vivísima atención a lo que voy a deciros, cuando os haga saber que es el hijo de aquel capitán D'Alimand que fué injustamente condenado hace nueve años por los tribunales de Tolón.

Todos los ojos que otra vez se habían vuelto hacia mí y me examinaban con curiosidad, posáronse nuevamente, asombrados e inquiridores, en nuestro pobre amigo. Pero no expresaban sólo el estupor y la interrogación; revelaban también un afecto más vivo, una estimación más grande y una más estrecha solidaridad con un dolor tan generosa y altamente sufrido, encerrado en lo más íntimo del ánimo desgarrado de un buen hijo.

(Continuará en el próximo número).







# UN DRAMA EN PERA

(Continuación)

—¿Eres sola?

—Tengo a mi padre y dos hermanos.

—¿Y dónde están?

La muchacha parecía avergonzada, más luego contestó.

—Han ido de caza.

Hizo una reverencia y se retiró no sin antes haber mirado fijamente al Príncipe, herida ella también de la mágica belleza del valeroso Kan.

Amo y escudero saborearon el asado y las tortas de arroz y bebieron, mas el primero no apartaba los ojos de la casita en que vivía Sina y parecía conturbado. Cuando terminaron, el príncipe se quitó del dedo un anillo que tenía un diamante que valía muchos miles de dinares y se lo entregó al escudero, diciéndole:

—Llévaselo a esa muchacha y dila que lo conserve como recuerdo del Kan de Farsistan.

Dile además que si algún día necesitase algo de mí, tiene mi palacio abierto.

Después montó a caballo y se alejó sin esperar la vuelta de su escudero.

Dejó la montaña y bajó a la llanura y al anochecer entraba en su palacio.

Cuando terminó de cenar, preguntó si había vuelto su escudero y con gran asombro se enteró de que nadie le había visto entrar en el palacio.

Ordenó que preguntasen a los centinelas encargados de la vigilancia de las puertas y obtuvo igual respuesta.

El escudero no había entrado tampoco en la ciudad.

Supuso que estando cansado había buscado refugio en cualquier cabaña de pastor y no se volvió a ocupar más del escudero: otra cosa era la que comenzaba a ocupar su imaginación.

Era la imagen de aquella muchacha.

Sina, la graciosa montañesa, produjo en su corazón una impresión tan profunda que no le dejaba dormir.

A la mañana siguiente, recordando la desaparición de su escudero, volvió a preguntar por él y se le contestó que le habían llevado al palacio cuatro pastores gravemente herido por un arma de fuego.

Muy extrañado de aquel hecho, fuese inmediatamente hacia el lecho del herido.

El pobre hombre había recibido un balazo en un costado pero aún estaba en condiciones de poder hablar y los médicos afirmaron que la herida era curable y que estaría sano en un par de semanas.

—¿Quién te ha herido? ¿Algún bandido de la sierra o del desierto? le dijo el príncipe.

—Tres hombres, uno viejo y dos jóvenes que vestían el traje de los montañeses—contestó el escudero—

Había ya entregado el anillo a la muchacha y me disponía a reunirme contigo, cuando fui sorprendido por aquellos tres hombres que estaban al acecho, junto a la casa de la muchacha y me hicieron fuego de espaldas.

Caí del caballo y perdí el sentido.

Cuando volví en mí iba en brazos de cuatro pastores que me traían hacia la ciudad.

—¿No tienes sospecha de quienes sean los que te hirieron?

—Ninguna, príncipe—dijo el escudero.

—¿Te han robado algo?

—Absolutamente nada.

—Los mandaré arrestar, te doy mi palabra.

El Kan del Farsistan, en actos de justicia era de una rigurosidad sin igual.

Llamó a sus guardias y los mandó a la montaña con orden de no volver si no traían a los criminales, que hirieron a su fiel escudero.







Habían transcurrido ya tres días cuando una mañana le avisaron que una muchacha se había presentado en el palacio para pedir audiencia al príncipe del Farsistán, asegurando a la guardia que tan pronto como fuese anunciado su nombre sería recibida inmediatamente:

—Preguntárselo— dijo el Kan.

Un momento después uno de los mayordomos regresaba a la sala diciendo:

—Esa muchacha nos ha dicho que se llama Sina y me ha enseñado un hermoso anillo asegurándome que se lo habías regalado tú mismo.

Midah se puso palidísimo y ordenó que pasasen inmediatamente a la joven.

Sina, la graciosa montañesa, apenas llegó se arrojó a los pies del príncipe y exclamó sofocada por los sollozos:

—Príncipe del Farsistán!...¡justicia!...¡justicia!...

¿Te acuerdas de mí?

Midah, sumamente conmovido se apresuró a levantarla diciéndola:

—No quiero que la bella de la montaña malgaste inútilmente las perlas de sus lágrimas.

El príncipe Midah no ha mentido a linda Sina y estoy presto a hacerte justicia.

—Entonces, señor mío, salve a mi padre y a mis hermanos.

—¿Qué peligro les amenaza?—dijo Midah arrugando la frente.

—Esta mañana han sido detenidos por tus guardias, acusados de intento de asesinato contra tu escudero.

—¿De mi escudero? —exclamó el príncipe— ¿Es

posible que haya sido tu padre quien le hirió?

—Es cierto, príncipe mío. —contestó ella sollozando.— Tu escudero fué visto al salir de mi casa e imaginando ellos que había entrado para raptarme le hicieron fuego.

Cuando, por el contrario, se enteraron de que me habían entregado un regalo de parte tuya, regalo que sólo un príncipe puede hacer, le confiaron a unos pastores para que le llevasen a la ciudad con toda clase de precauciones.

Ahora tus guardias quieren decapitar a mi padre y a mis hermanos... ¡Perdón para ellos, príncipe del Farsistán!

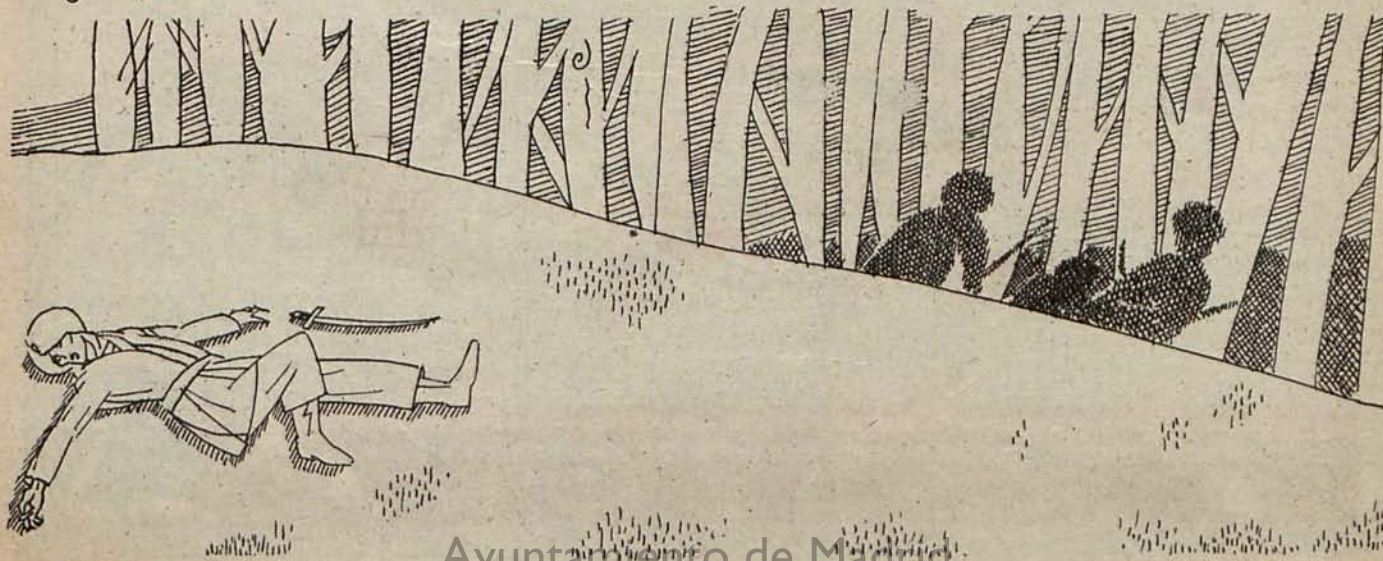
El Kan, que en la administración de justicia no conocía igual, aseguró a la muchacha que nadie tendría permiso para tocar ni un solo cabello a su padre ni a sus hermanos: después tomándola la mano la condujo a las habitaciones de su madre, que durante su menor edad fué Regente del Reino y era mujer ambiciosa y sumamente celosa de sus prerrogativas.

—Madre,—le dijo—. Hé aquí a la más bella muchacha que he encontrado en mi reino. Quiero que sea la princesa del Farsistán.

Desde aquel día la confió a sus cuidados.

La vieja princesa fingió acoger bien a la joven que algún día había de ser la esposa de su hijo y daría al tirano un nuevo heredero, pero secretamente en su corazón juraba hacerla desaparecer de un modo o de otro, humillada porque el Kan hubiera elegido por esposa a la hija de unos pobres montañeses, en vez de escogerla entre las princesas de los reinos circunvecinos.

(Continuará en el próximo número)



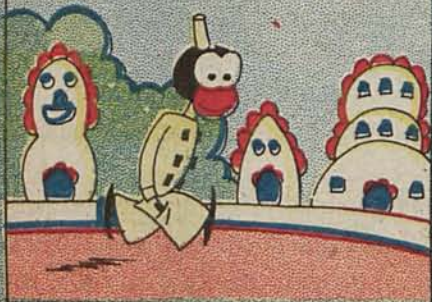




# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



DON TURULATO SE HA COLOCADO DE CE-  
LADOR EN EL MUSEO Y ALLÁ VOY YO A  
BASTARLE EL GRAN BROMAZO. EL QUE  
QUIERA REIRSE UN RATO QUE SE VEN-  
GA CONMIGO



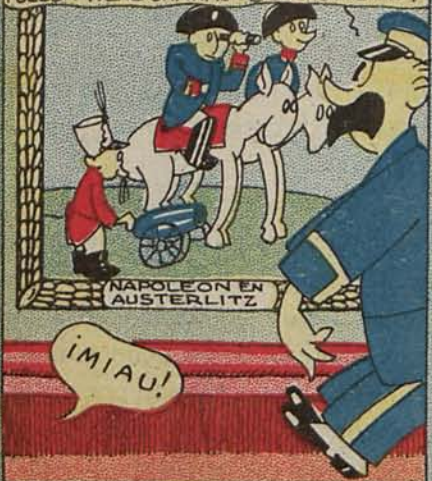
ME ESCONDERÉ DEBAJO DE  
ESTE DIVÁN Y YA VERÉIS  
QUE JUERGA NOS VAMOS  
A CORRER CUANDO VEN-  
GA DON TURU



¡CASPITITA! HOY  
ESTÁ EL CÍD CAM-  
PEADOR CON GA-  
NITAS DE  
GUASITA



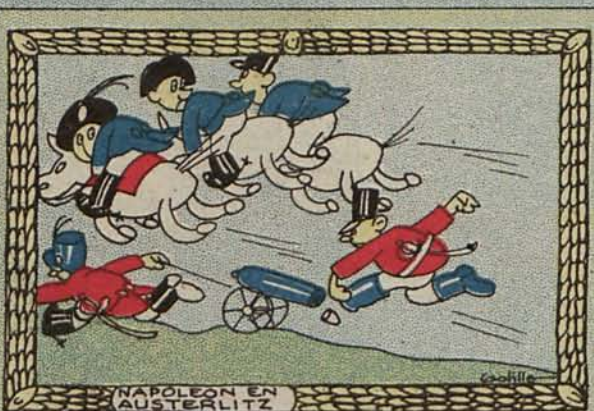
¡RECASPITITA! ¿TAMBIEN EL SEÑOR NA-  
POLEÓN TIENE GANITAS DE CUCHUFLETAS?



¿PERO ES QUE HASTA LA SEÑORITA  
MELOPEA ME VA A TOMAR EL PE-  
LO?



¡VAYA, SEÑORES, YA ME HE HARTADO!  
¡AHORA VOY POR MI GARROTE  
Y ACABO A ESTACAZOS CON  
ESOS GATOS!



SI HAY AHORA UN  
GUAPO QUE VUELVA  
A DECIR "MIAU"  
AQUÍ NO VAA QUE-  
DAR TÍTERE CON  
CABEZA

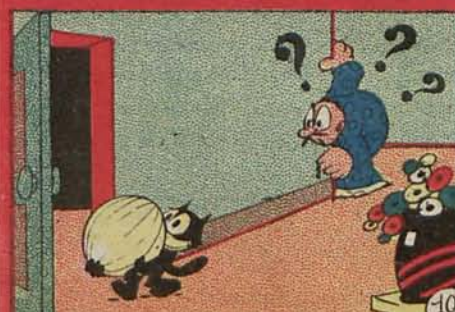




**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



## PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





# CUENTOS DE CALLEJA

## LOS FAVORITOS DEL SULTAN

Castillo

**L**a privanza de Masrur con el Califa Harum-al-Raschid crecía de día en día. Le acompañaba a todas partes, y hasta la Sultana Zobeida le recibía familiarmente y se complacía en oír sus chistes. Tenía la Sultana una dama favorita llamada Zulima, y habló al Califa de casar a los dos favoritos. La boda se efectuó, pues, con mutua satisfacción, fué muy espléndida, hubo grandes fiestas, y la feliz pareja se vió colmada de atenciones y ricos regalos, que el Sultán y su esposa les habían hecho.

Masrur se encontró con una mujer que tenía el mismo carácter que él; era alegre y divertida, y no carecía de ingenio; de modo que pasaban su vida en una felicidad continua. Como eran muy gastadores y no se privaban de cuanto podía procurarles algún placer, llegó un día en que sus prodigalidades tuvieron término, porque se encontraron sin un zequi en su gaveta; y siendo tantos y tan repetidos los favores que cada uno, por su parte, había recibido del Sultán y de su esposa Zobeida, no se atrevieron, a pesar de su privanza, a hablarles de la apurada situación en que se hallaban, y menos a pedirles dinero.

Por fin, un día Masrur dijo a su esposa Zulima:

—Esposa mía, estamos completamente arruinados y en vísperas de que nos muelan las costillas nuestros acreedores. Se me ha ocurrido un medio de que salgamos de esta apurada situación, y, si tú me ayudas, el éxito es seguro.

—Lo que digas será hecho sin vacilar—repuso Zulima.

—Pues bien, voy a hacerme el muerto, tú darás pruebas de tu amarga aflicción, y saldrás desesperada y tirándote de los pelos por los corredores de Palacio. Cuando la Sultana sepa que he fallecido, no dejará de enviarte algún dinero y una rica pieza de tela para que me amortajes.

Y como lo pensaron se ejecutó. Masrur se hizo el muerto, y su esposa Zulima comenzó a dar gritos desesperados, prodigando a su difunto esposo los más lisonjeros calificativos.

—¡Pobrecito!—exclamaba—. Se ha muerto en la flor de su edad. ¡Sólo Dios sabe lo bueno que era, lo noble, lo valiente!

Pronto llegó hasta la Sultana la noticia del fallecimiento, y

en el acto dió a su tesorero la orden de que entregase a la viuda quinientas monedas de oro y una rica pieza de brocado para que amortajase con decoro al que fué favorito del Sultán.

Apenas hubo cumplido su encargo el tesorero, cesaron los llantos, se levantó muy de prisa el muerto fingido, y su mujer fué la que se hizo la muerta.

Entonces Masrur comenzó a gritar como un desesperado, lamentando el fallecimiento de su esposa.

El Sultán se enteró de la muerte de Zulima, y en el acto envió a su favorito una bolsa con quinientas monedas de oro y una rica pieza de brocado.

En cuanto se quedaron solos comenzaron a brincar y saltar con el mayor regocijo.

Ya tenían dinero para salir de apuros. Pero el Sultán, concluido el Consejo, se fué a las habitaciones de su esposa para darle el pésame por la muerte de su doncella favorita.

La Sultana se quedó muy sorprendida de oír hablar al Sultán de esta manera:

—Señora: la vida Dios nos la da y nos la quita, y debemos resignarnos con los decretos de su providencia. No necesito deciros la pena que me ha causado el imprevisto y temprano fallecimiento de vuestra favorita; por eso, en cuanto he sabido este triste acontecimiento, me he apresurado a venir a veros para manifestaros la gran parte que tomo en vuestra justa

pena y consolaros en cuanto me sea posible.

—Pero, Comendador de los creyentes—exclamó la Sultana,—¿de quién estáis hablando que yo no os entiendo? Ciertamente estoy muy apesadumbrada, pero no por la muerte de Zulima, que está viva y sana, aunque afligida, sino por la de su marido, el buen Masrur, cuya jovialidad y chistes tanto me divertían; y extraño mucho que siendo como era vuestro favorito, por el que parecíais tener grande afecto, os mostréis tan indiferente por su muerte.

El Sultán no pudo contener la risa al oír expresarse a Zobeida de este modo.

Y dirigiéndose al gran visir:

—¿Qué te parece de lo que dice la Sultana?

Y, volviéndose hacia ésta, añadió:







—Señora, no derraméis lágrimas inútiles por la muerte de una persona que se halla sana y buena. Llorad, si queréis, a vuestra esclava favorita, pero no os aflijáis por el fallecimiento de su marido, que, os repito, está vivo.

La Sultana, picada por la contestación del Sultán, le replicó en el mismo tono:

—Comendador de los creyentes, no permita Dios que permanezcáis más tiempo en ese error, porque vuestra insistencia me haría creer que habíais perdido el juicio. Os repito que el muerto es Masrur y que...

—Pues yo os afirmo—la interrumpió el Sultán con viveza—que Masrur está vivo, y no comprendo vuestro empeño de sostener lo contrario de lo que mis propios ojos han visto.

—Pues yo sostengo—le replicó Zobeida—lo que antes os he dicho. El muerto es Masrur.

—Pues hagamos una apuesta—dijo Harum-al-Raschid.—Si el muerto es Masrur, yo pierdo el palacio de las flores; pero si es Zulima, vuestro jardín me pertenecerá.

—Aceptado; y voy a ganar la apuesta. Amina, ¿no has llevado tú de mi parte una bolsa a Zulima?

—Sí, señora—contestó la tesorera.

—¿Quién era el muerto?

—Masrur.

—Ya lo estáis oyendo; con que he ganado la apuesta—dijo la Sultana.

—Poco a poco, que es preciso que yo interroge a mi tesorero. Giafar, ¿a quién entregaste las quinientas monedas de oro y la pieza de brocado?

—A Masrur, vuestro favorito que lloraba desconsoladamente sobre el cadáver de Zulima.

—¿Lo véis? Pues he ganado la apuesta y es mío vuestro jardín.

—Pues vamos a cerciorarnos por nosotros mismos de lo que haya de cierto en esto—dijo la Sultana.

Y todos se dirigieron al cuarto de Masrur y de Zulima.

Cuando éstos se enteraron de lo que ocurría, cubriéronse apresuradamente con sus ricas mortajas y se hicieron los muertos.

El Sultán y la Sultana entraron en la estancia, y al ver los supuestos cadáveres en el suelo, con todo

su aparato fúnebre, se quedaron sorprendidos. La Sultana Zobeida fué la primera en romper el silencio.

—Ya véis—exclamó—que yo tenía razón asegurando que Masrur había muerto; por consiguiente he ganado la apuesta.

—Señora, quien la ha ganado he sido yo—le contestó el Sultán—. La pobre Zulima ha muerto de pena al ver a su esposo difunto.

—No; ha sido Masrur el que ha sucumbido a su dolor—replicó Zobeida.

Y ambos se miraron sin saber qué hacer.

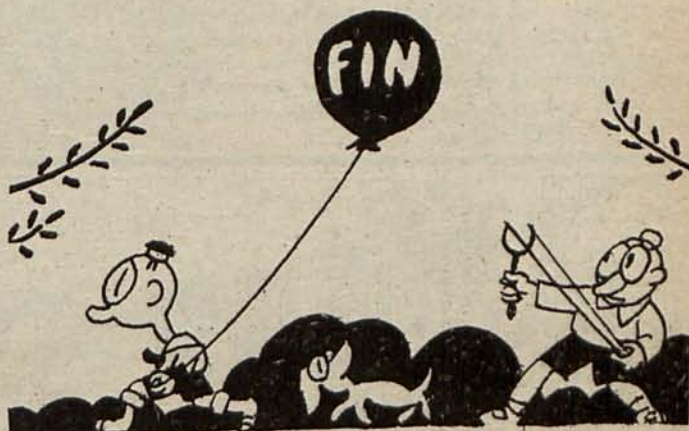
—Daría mil monedas de oro—dijo por fin el Sultán—por saber cuál ha muerto primero; de este modo ganaría mi apuesta.

—Y yo otras mil por saber lo mismo. Así sería yo la gananciosa.

—Aceptado—gritó Masrur levantando la cabeza—. Nos hemos muerto a un tiempo.

Y levantándose los dos, se arrodillaron a los pies de los monarcas, y, refiriéndoles los motivos que les habían impulsado a valerse de aquella estratagema, solicitaron su indulgencia.

La alegría de ver vivos a sus favoritos fué tal, que les concedieron las mil monedas ya invertidas, más otras mil para que no tuvieran apuros en mucho tiempo.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿Tu has visto trabajar a los buzos, mi querido buho?

—Precisamente verlos trabajar, no. Necesitaría bajar con ellos al fondo del mar, y esto para mí, es cosa imposible; me faltaría el aire para respirar y me moriría asfixiado.

—Ya me supongo que tu no puedes vivir bajo el agua sin aire para respirar, pero en el mismo caso están los buzos y sin embargo no se asfixian.

—Es que a los buzos no les falta el aire. Se lo envían desde la superficie mientras él trabaja en el fondo del mar.

—¿Pero no dices que no les has visto trabajar?

—A ellos bajo el agua, no; pero he visto todas las operaciones que requiere el trabajo de los buzos.

—Pues eso es precisamente lo que a mí me interesa conocer. Tú no sabes la emoción que me ha producido ver la ilustración de un libro en que aparece el fondo del mar con unos cuantos buzos que andan de un lado para otro como si estuviesen en su casa. ¿Cómo es posible, me he dicho yo, que estos hombres puedan permanecer bajo el agua como si fuesen peces? Necesito que mi querido y sabio buho me saque de estas dudas.

—Pues viven sin la menor dificultad. Ya te he dicho antes que al buzo no le falta el aire para respirar y por esta razón no puede morir asfixiado. Yo te describiré con todo detalle lo que es un buzo y verás como te das perfecta cuenta de que es un problema de fácil solución, el descenso y estancia en ciertas profundidades.

—¿En ciertas profundidades, nada más?

—Nada más que hasta un cierto límite de profundidad. Puedes calcular que un buzo podría trabajar hasta unos 65 metros de profundidad, pero más abajo yo lo haría con grave riesgo de su vida. De todas formas, y aun pudiendo descender a esos 65 metros, no es lo corriente arriesgarse a bajar tanto y sólo se hace en casos de extraordinaria importancia.

—¿Por qué?

—Ya te lo contaré, Chonón. No te impacientes. Primero veamos la vestidura de un buzo. Para bajar al fondo del mar hay que tener en cuenta varias cosas. La principal es la respiración. Otra, casi, casi tan importante, es la presión del aire que encierra el cuerpo humano, otra la presión del agua, otra el peso del cuerpo que se sumerge, otra la temperatura y otra la luz.

Bueno, con estas cosas que tengas tú en cuenta para describirme un buzo me bastará para formarme idea de lo que es.

—Empecemos por la vestidura. El traje o más bien aparato, que usan los buzos para descender al fondo del mar, se llama escafandra. Consiste en un traje de goma y lona absolutamente impermeable que le cubre desde los pies hasta el cuello. En este sitio lleva un aro metálico al que se ajusta herméticamente un casco de bronce que lleva delante un ventanilla tapada con un cristal al través del cual el buzo ve lo que tiene delante.

En este caso hay también dos válvulas. Una que se abre de afuera hacia adentro, y que tiene por objeto admitir el aire que se envía al buzo desde el exterior, y la otra que se abre de dentro a afuera para dar salida al aire ya respirado, que por ser ácido carbónico podría perjudicar al buzo.

—¿Y cómo le mandan el aire desde fuera?

—Por medio de una máquina-bomba que lleva el aire hasta la escafandra por un fuerte tubo de goma. Mientras el buzo está sumergido hay unos hombres encargados de hacer funcionar la máquina de aire sin interrupción.

—Y si al buzo le sucede algo ¿cómo lo saben los que están arriba?

—Lo saben por medio de un teléfono. Todo cuanto el buzo hable dentro de su escafandra lo oye el hombre encargado del aparato telefónico. Tan pronto el buzo pide auxilio se le sube a la superficie tirando de una cuerda a la cual va atado. Otras veces pide más aire y hay que hacer funcionar la bomba más deprisa; otras se queja del exceso de aire y hay que enviárselo más despacio, otras, en fin, avisa que ya ha terminado su trabajo, y entonces se le sube tirando lentamente de la cuerda

Esta operación de subir el buzo a la superficie, es quizá la más delicada.

—No comprendo por qué.

—Porque la diferencia de presión atmosférica entre las profundidades del mar y la superficie es muy grande, y hay que hacer por que el buzo pase de una presión a otra de un modo gradual, pues si se hiciese con rapidez se le podrían causar tan graves trastornos en la circulación de la sangre, que hasta sería de temer la muerte del buzo.

Por eso cuando estos trabajadores han permanecido mucho tiempo bajo el agua, se les sube poco a poco y aun después de estar sobre la cubierta del barco no se les quita la escafandra hasta que los aparatos que registran la presión del aire que hay dentro de esta, señalan una cifra casi casi igual a la presión de aire que hay en el exterior.

—¿Qué tranquilos se verán los buzos cuando se vean libres de esta vestidura!

—No lo sabes bien. Sobre todo se quitan un enorme peso de encima, porque para poder bajar al fondo del agua tienen que llevar unas pesadas planchas de plomo sobre el pecho y la espalda, amén de la suela de los zapatos que tiene más de tres dedos de gruesa y es también de plomo. El descenso al agua se hace también lentamente.

—¿Cualquiera corre con semejantes botas.

—No sólo es por este inconveniente, que ya sería bastante, sino por evitar roturas en cualquiera de los tubos o cables que todo buzo lleva consigo y que serían de fatales consecuencias. Todos los buzos han de llevar ropa interior de gran abrigo, porque la permanencia debajo del agua es fría.

—¿Pueden estar mucho tiempo sumergidos?

—Bastante. Algunos permanecen por espacio de cinco o seis horas, sin sentir el menor trastorno. Claro es que cuanto más tiempo ha estado el buzo bajo el agua, más lenta debe de ser la ascensión y más tiempo ha de permanecer en la superficie con la escafandra puesta.

Para los casos de exploraciones rápidas en el fondo del mar o en los cascos de los buques, no es preciso utilizar la máquina de aire. Para estos casos se emplean unas escafandras provistas de tubos de aire comprimido que va escapándose con la lentitud o rapidez exigida para la buena respiración del buzo.

—Pero no podrá prescindirse de la cuerda a que va el buzo atado.

—De eso nunca. Un buzo es un ser absolutamente indefenso. El peso y la impedimenta que lleva encima, le convierten en un ser al que nada le sirve su voluntad ni sus medios para salvarse. Necesita de la protección y ayuda de los que están a su cuidado.

Si a un buzo se le abandona a sus propios medios, se ahogaría irremisiblemente. Es lo mismo que si a una persona se le atan unas gruesas piedras a los pies y se le arroja al mar. Si no hay quien la salve, ella no puede hacer nada más que ahogarse.

—A mí me daría miedo ser buzo.

—A ti porque eres un miedoso, pero no hay razón para sentir este miedo.

Además la misión del buzo es altamente humanitaria en muchísimos casos. Fíjate si es admirable el trabajo del buzo que baja al fondo del mar y arriesga su vida, metiéndose en profundidades asombrosas y por lugares de gran peligro, para salvar la vida de unos hombres que están encerrados en el interior de un submarino, esperando la muerte.

—Es un trabajo digno del mayor encomio.

—Pues ese trabajo lo han realizado muchas veces.

Si tuvieran el miedo que tú tienes ¿qué pasaría?

—No pasaría nada, porque yo en un caso así, bajaría también al fondo del mar.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE MAYO

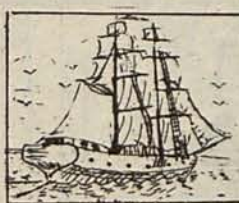
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



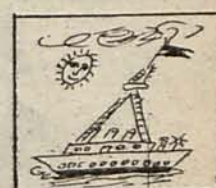
El pueblo de Pinocho.—Angel Laborda, 9 años



Cañamón  
Manolo Sanchis



Un bergantín  
Ramón Rullán



El acorazado Pinocho  
Luis Labiano, 8 años



Hondy Spandy.—Carmen Gross, 10 años



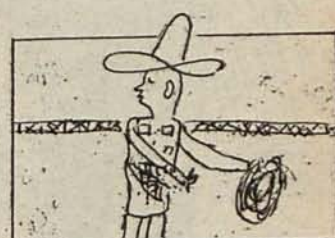
Niña bien  
Luis Morcillo



Mis mejores amigos.—L. Riestra



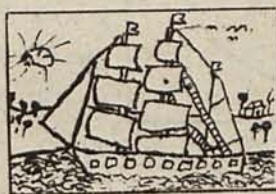
Mi muñeca  
J. Jaraquemada



Un gaucho.—Manolo Martínez, 10 años



Holandesa  
Margarita García



Un velero.—Luis Castrillo



Paisaje.—K. Hitin



Retrato.—P. L. T.



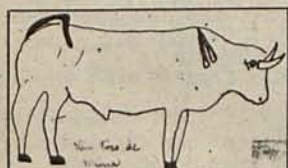
En el campo  
Ricardo Ysasi, 11 años



Un cisne.—Juan Bofill



Gato de Pinocho  
Aurora Castañer



Un miura.—Pepito Rico, 7 años



Un verdugo  
Gabino Martínez



EL OGRRO DE LA SELVA  
es uno de los ocho tomos publicados en la preciosa Serie Barbiñón de Cuentos de Calleja en colores.

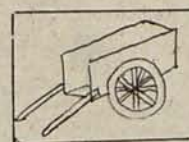
Precio UNA peseta



¡Viva Carancho!—Luisita Gil



Una gallina  
Juanita B. Villasante



Carro de mano  
Adelina L. R.



Pinocho  
Carmencita Villasante



Paulino  
Félix Alcázar



Barco pesquero.—Antonio Alió



Pinocho alpinista  
Ramón Jaraquemada



Un caballo de pura raza  
A. R. de la Rosa



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MAYO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

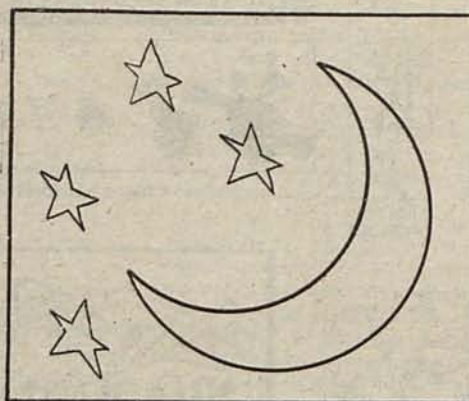
## DIBUJO CON ERRORES



¡Siete errores, amados pinochistas, siete errores nada menos hay en el presente dibujo!  
¿Quién de vosotros será el feliz mortal que logre descubrirlos? Sobre él caerán, en caso tal, todas las bendiciones del cielo y derramarán sus dones los dioses del Olimpo.

**CUPÓN** DE SOLUCIONES DEL MES 220  
DE MAYO

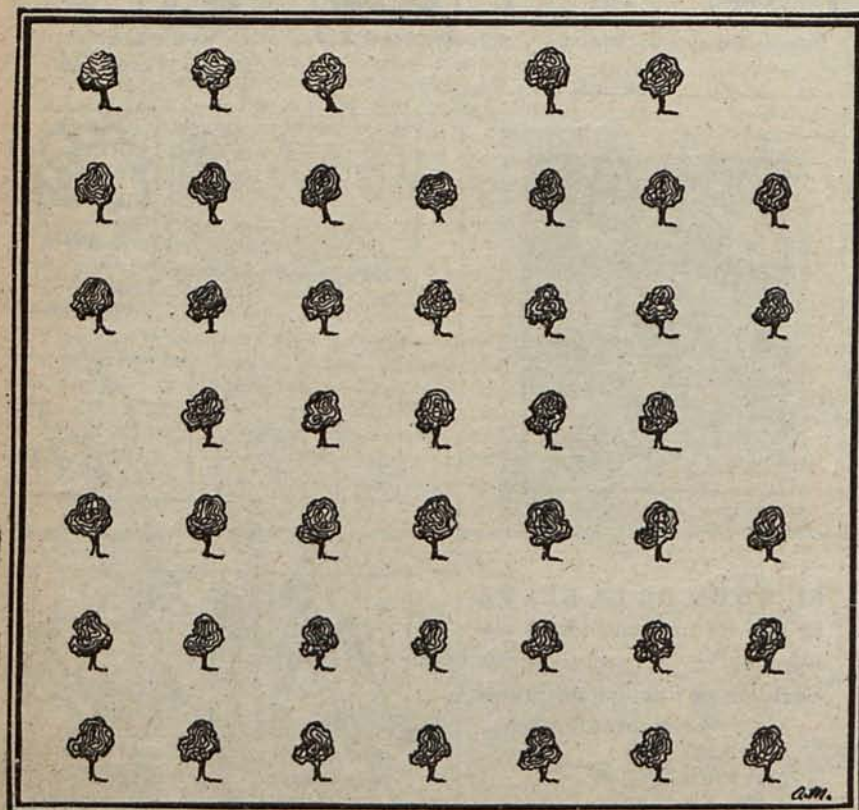
Envío del Pinochista D. ....



## LA LUNA

Tenéis que dividir esta luna en quince pedazos solamente con cuatro rayas ¿Cómo lo lograréis? De las estrellas no hay que preocuparse para nada.

## EL BOSQUE MALDITO



Anselmo de Goyeneche era un rico hacendado de Segovia que poseía un hermoso bosque de la forma que podéis ver en el adjunto dibujo. Un día llegó a visitarle un sobrino suyo y como Anselmo era un tío muy original le dijo a su sobrino que le regalaba el bosque pero con la condición de que tenía que cortar todos los árboles menos diez y que estos diez habían de quedar formando cinco filas de cuatro árboles cada uno. ¿Cómo procedió el sobrino?



# ANITA

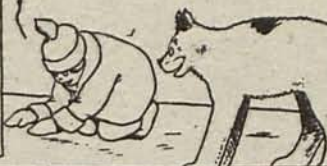
## BUEN-CORAZON



¡HAY UNA ALIMAÑA QUE LLEVA TRES NOCHES VIENIENDO AL GALLINERO; PERO ME PARECE QUE NO VENDRÁ MUCHAS NOCHES MÁS!



¡A LO MEJOR ES UN ANIMAL BONITO Y ME GUSTARÍA PODERLO CAZAR CON ESTATRAMPA QUE TAPARE CON UN POCO DE ARENA!



¡YO TE ASEGURO QUE LO QUE CAIGA EN ESE CEPO NO SE ESCAPA!



¡QUE SORPRESA MÁS DESAGRADABLE LE ESPERA! ¿EH?



¡YIP!



¡YIP! ¡YIP! ¡YIP!



¡PERO ESTATE QUIETO, PORQUE SI NO, TE VAS A DEJAR AHI EL RABO!

¡Ooooooo!



¡PELUCHO, TE QUEJAS MAS QUE UN PERRILLO FALDERO!

¡E-YIP!



¡NO HE VISTO NUNCA CORRER DE ESE MODO A PELUCHO!

¡YIP! ¡YIP!



¡ENTRA AHI, QUE TE VOY A CURAR AHORA MISMO!



¡NO ES NADA! ¡CON ESTA EMBROCACIONTE QUEDARA EL RABO COMO NUEVO!



¡A NADIE TIENES QUE ECHAR LA CULPA MAS QUE A TI, PUES DEBIDO A DESCUIDOS OCURREN MAS ACCIDENTES QUE POR OTRAS CAUSAS!



Reg. U.S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune



# Sección Pirula

CHARLAS DE  
PIRULA...

Cuentista

Un paseo en coche



Clarita está muy contenta porque sus papás han comprado un auto y en estos días primaverales

da gusto hacer excursiones por las afueras de la ciudad.

Papá conduce, y Clarita obtiene siempre el honor de sentarse a su lado; pero es tremendamente temeraria y no para de exclamar: «¡Más de prisa, papaito! ¡más de prisa! Quiero correr más que el viento».

Por fortuna, papá es prudente y no la hace caso; sabe que la velocidad excesiva es la causa de la mayoría de las desgracias y no va a exponer su vida y la de los suyos por un capricho de nena locuela.

Todo esto se lo explica a Clarita (un poco mustia porque ha visto que el «reloj de la velocidad» — como ella dice — no pasa de los cincuenta) durante un descanso, sobre la hierba del campo. Y mamá que se hallaba muy atareada en sacar de la cesta, la sabrosa merienda, apoya gravemente:

—No, no se debe desafiar el viento; es peligroso... y además podría ofenderse la bruja, y vengarse, como lo hizo con la princesita Argentina.

A veces, Clarita tiene un olfato no menos sutil que el de «Whisky» su idolo-trado fox; en las palabras de mamá, ha olfateado el regalo supremo de un cuento, y exclama:

—¿Qué bruja? ¿qué princesita? ¿qué pasó? ¡cuenta, cuenta pronto, mamina! Y de ese inagotable manantial de cuentos que lleva dentro, saca mamá el de: «La princesa Argentina, la bruja ventolera y el hada Vivaluz».

Su Alteza Argentina, radiante porque su papá le había regalado una nueva jaca blanca, y su mamá un nuevo traje de amazona de terciopelo verde, empuñó su diminuta fusta de puño de oro y partió a dar un gran paseo a caballo.

De pronto, se cruzó en la carretera con una vieja horrible que montaba un borriquito pelado y enclenque, cargado de leña y de sacos de harina.

Orgullosa del trote incomparable de su montura, la princesa se detuvo y, sonriendo:

—Me parece, buena mujer —dijo— que llegaré antes que usted hasta aquel molino cuyas alas se divisan en lejanía.

—¿Y si te equivocas? —preguntó la vieja mirándola fijamente.

Argentina soltó una carcajada que se parecía a su nombre:

—¿Quiere usted que hagamos la prueba? Y la que gane puede pedirle a la otra lo que quiera.

—¡Trato hecho! —exclamó la vieja, y su voz silbaba entre las muelas de sus dientes.

El caballito tornó a trotar con gracia inigualable; parecía volar.

El borriquito trotaba penosamente, y el palo de la vieja azotaba sin cesar su lomo pelado y esquelético.

Pero de pronto, a pocos metros del molino, cuando ya Argentina se preguntaba lo que le pediría a aquella vieja infeliz que se había quedado rezagada a gran distancia, he aquí que el borriquito emprende una carrera vertiginosa, se adelanta a la fogosa jaquita, pasa junto a ella como una exhalación y llega al molino antes de que la niña se dé cuenta siquiera de tal prodigio.

La vieja se apeó, cogió con sus dedos ganchudos las flexibles riendas de piel de Rusia de la jaca real, y mientras que a los ojos de la princesa asomaban lágrimas de despecho, de vergüenza... y de miedo también (todo aquello le olía a brujería) dijo con una risita burlona:

—He ganado. ¿Qué me das como premio de mi victoria?

—¿Quiere usted un hermoso alazán de las caballerizas del Rey?

—¿Para qué? Mi borrico corre más que todos los caballos del mundo.

—¿Quiere usted un saco lleno de dinero?

—¿Para qué? Mis sacos de harina valen más que los tuyos de oro.

—¿Quiere usted un lindo traje de raso, bordado con perlas?

—¿Para qué? Mi traje de lana abriga más que los tuyos de seda.

—Pues no sé qué ofrecerla.

—Pero yo sí sé lo que quiero. Te quiero a ti, orgullosa e imprudente princesita.

Sígueme a este molino

que me pertenece y cuyas alas —nuevo con mi soplo poderoso, porque has de saber que soy Ventolera, la bruja del Viento.

Argentina entró cabizbaja, y la vieja la dió un gran delantal de algodón y le puso una escoba en la mano:

—A barrer, a fregar, a guisar —la dijo— eres mi esclava y me vas a servir de criada.

En este punto del relato, mamá se interrumpió:

—Clarita—dijo,—cae la tarde y hace fresco; ponte tu abrigo.

Clarita se apresuró a obedecer y aun lo hizo con gusto por cuatro motivos:

El primero, porque es una niña bien educada y obediente.

El segundo, porque estaba impaciente por oír el final de la aventura de la princesa Argentina.

El tercero, porque efectivamente empezaba a sentir algo de frío (¿qué don mágico tienen las mamás para saber siempre si sus hijos tienen frío o calor y si tienen hambre o no?) pues su vestido de crespón marocain, con falda de tres volantes fruncidos no tenía mangas como podéis verlo en el adjunto grabado.

En fin, el motivo supremo que hizo que Clarita se pusiese el abrigo con gusto, es que este abrigo, de tweed, en color marrón y beige, era nuevecito y estaba hecho a la última moda, con su esclavina, sin contar que las incrustaciones de tweed en el sombrero de paja negra, hacían juego con este novísimo abrigo—capa.

Satisfecha de la obediencia de Clarita, mamá se apresuró a concluir el cuento, como veremos el domingo próximo.

